

Z

*Las siguientes líneas han sido extraídas del legado de un improbable escritor: aquel autor sin nombre, supuestamente activo, hacia fines del siglo XX, en algún punto de la frontera de separación entre las provincias de Madrid y Ávila, al que por ello, así como por su desdichada afición a ensayar ciertas formas de prosa pictórica, la crítica suele conocer –irónica y coherentemente– como “El maestro de Ávila”. El final se encuentra truncado (*N. del E.*)

Más alegre –o más triste– que suponerse escritor.

Más alegre –o más triste– que suponerse escritor, y componer libros que nadie lee.

Más alegre –o más triste– que suponerse escritor, y componer libros de éxito que, sin embargo, vinieron luego a hundirse en el olvido.

Más alegre –o más triste– que figurar en ciertas crónicas con –al menos– el nombre de tu nombre, y junto con él el nombre de tu obra, es no tener ni nombre, o –al menos– ni siquiera un nombre preciso: no saber si, como dice Heródoto (¿pero qué significa exactamente “Heródoto”? ¿qué otra cosa más que, en realidad, “ciertos manuscritos que transmiten los relatos de Heródoto?”) te llamaste “Salmoxis”, en griego “Sálmoxis”; o bien si, como dice Platón (¿pero qué significa exactamente Platón? ¿qué otra cosa más que, en realidad, “los manuscritos que transmiten los diálogos de “Platón?”), te llamaste “Zalmoxis”, en griego “Zálmoxis”; cosas todas que

bien pudieran parecer triviales si no fuera porque en ello se juega tu étimo, el sentido auténtico de tu denominación (y también por esto: porque ni siquiera es seguro que fuese así como los tuyos –¿pero quiénes eran los tuyos?– te conociesen, sino que quizá el tiempo haya trastocado las letras, y tú, en realidad, hayas sido “Zamolxis” o “Samolxis”; a lo cual se añade el hecho, tercera posibilidad, de que en realidad te dieran otro nombre muy distinto, el oscuro e irrepetido de “Gebeleicis”...). Así es que, a veces, haber sido citado en Atenas como maestro de médicos, y citado con ocasión de estar en juego la curación del más bello de los muchachos de aquel entonces, de Cármides hijo de Glaucón, ni siquiera garantiza la inmortalidad de los Antiguos, aquel perdurar del Nombre en la repetición de las generaciones... Un destino, entonces, bien extraño para ti,

*
Zalmoxis

porque si Platón te recuerda es, justamente, por haber enseñado a tus discípulos un camino regio para conseguir la salud; un camino de tal potencia que, siguiéndolo, es posible realizar esa suprema hazaña de chamanes y seres divinos que consiste, según se dice, en devolver la vida a un muerto. Platón, aquel día, te envolvió en historias de ensalmos y de brujerías; y en sensatas consideraciones lógicas acerca de los cuerpos, que sólo consiguen sanar cuando el alma se ha curado y, así, transmite su bienestar a las restantes partes del todo. Para él, esa aureola bastaba para dar empaque a esa figura tuya de Campeón de la Inmortalidad. Y algo de ello debía de haber, porque también Heródoto, cuya atmósfera mental poco o nada tiene que ver con la platónica, hace de ti el dios (y por cierto: el dios único) de aquella etnia tracia, los getas, que de creer al historiador, o a sus informantes, destacaban entre todos por creerse inmortales; e inmortales por el procedimiento de, al morir, ir a reunirse contigo en el más allá. Es harto probable, pues, que fuese adecuado, objetivamente adecuado, vincular tu nombre con una prédica, una doctrina, una técnica o técnicas de inmortalidad que, para los griegos, tendría por fuerza que resultar excéntricas. Es harto probable, dicho en otros términos, que cupiera referirse a ti como a una ignota fuente o autor de cierta teoría salvífica llamada a sobrevivir. Pero insisto: ¿no es así más alegre –o más triste– haber perdurado como perduraste tú, de quien ni siquiera se nos conserva el Nombre?

Y añadiré: más alegre –o más triste– que perdurar sin nombre, o sin nombre alguno que sea firme, es no saber siquiera qué es, en última instancia, lo que se fue. Porque, como arriba se ha recordado, hay quien dice que aquél fue en verdad un dios. Pero otros,

apunta Heródoto, en absoluto creen tal cosa, sino que, culpables de evemerismo, convierten a nuestro personaje en un vulgar comediante y estafador, un antiguo siervo de Pitágoras que, liberado y enriquecido, engañó a sus conciudadanos, poco sobrados de luces, adoctrinándolos en sus banquetes sobre que “ni él, ni sus convidados, ni sus sucesivos descendientes morirían, sino que irían a cierto lugar donde vivirían eternamente, gozando de toda suerte de bienes” (*Historia*, IV, 95). Una promesa de bienaventuranza que el astuto prestidigitador se habría cuidado de hacer creíble desapareciendo durante tres años en una cueva subterránea preparada al efecto; cueva o cámara de la que, dado en su país por muerto, habría resurgido al cabo proclamando victoriosamente su resurrección... (Una versión de los

hechos que, con variantes de cierta importancia, pero en el fondo coincidente, es también la de Estrabón, en el Libro VII de su *Geografía*).

¿Fue, pues, dios, hombre, hombre-transformado-en-dios? Nada, desde luego, sabemos, y de esta breve meditación apenas se podrá obtener otra cosa que la intrigante paradoja de un “autor” que, sin más “texto” que sus dichos y sus actos, vino a sobrevivir vicariamente en la escritura de los otros (entre los cuales, por cierto, alguno hay que poco o nada confiaba en la escritura). No es pues éste en rigor el caso de un autor “olvidado”; porque para ser “autor” no es preciso escribir, pero acaso sí es preciso, al menos, existir. Y de nuestro héroe de la inmortalidad, ya venimos intuyéndolo, cabe incluso sospechar que ni siquiera haya existido (¿“Más alegre –o más triste– es no

haber siquiera existido...?”).

¿Existió? Nada, desde luego, sabemos, pero si “existir” es producir efectos, la sombra de “Zalmoxis” deja huella, cuanto menos, en los meandros mortecinos de esta hoja en claroscuro. Por no hablar de mejores –o peores– sueños: los sueños de aquéllos que perseguirán su impronta, la suya y la de los getas, en esa imagen mítica con que “los godos” habrán más tarde de ingresar en la imaginación histórica, y que en consecuencia se estremecerán cuando se pregunten, cito, “por qué Alfonso el Sabio, en su Crónica general, habla con tanto fervor de *Zamolxen...*”**

**Aquí se interrumpe el manuscrito. El editor cree deber suyo advertir que la última cita truncada pertenece a Mircea Eliade (*N. del E.*).